



Así es como la Iglesia católica, servida á la vez por la ciencia y por el arte, supo corresponder con una inagotable fecundidad á todas las necesidades del hombre, á las exigencias más variadas de su inteligencia, de su imaginación, de su corazón y de sus sentidos. Este maravilloso poder se manifestó sobre todo en la época en que la arquitectura neogermánica, llamada gótica desde Vasari, reemplazó en la construcción de las iglesias al estilo bizantino, usado hasta entonces. El arte gótico se extendió por Alemania, Francia, Inglaterra, España y Sicilia, y no fué admitido en Italia, por hallarse acostumbrada al espectáculo de las construcciones romanas. Así la arquitectura gótica como la de Roma, parecen haberse refundido en la catedral de Milan, que presenta los extremos límites de ambas.

La ojiva, que caracteriza el arte gótico, es, en cierta manera, el símbolo del pensamiento cristiano, aspirando hácia el cielo, llevando la esperanza más allá del sepulcro, ó sea hácia la Jerusalem eterna. Las altas torres, construidas en otro tiempo para colocar las campanas aisladas de lo restante del edificio, fueron en lo sucesivo asociadas al todo, y por una feliz inspiración fueron en cierto modo el punto culminante y la llave de la bóveda. En su disposición general, la basílica, templo del Dios vivo, teniendo que descansar sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, y estar apoyada en Cristo, piedra angular, presentaba la forma de la Cruz, símbolo y resumen de toda la religión, y tenía una división cuadrangular entre el coro y la nave en memoria de los cuatro evangelistas, mientras que la bóveda ordinariamente descansaba sobre doce columnas en honor á los doce apóstoles. Las paredes, adornadas con esculturas caladas, se redondeaban á manera de arcos y se ensanchaban imitando botones de flores, ramas de todo género y plantas de mil formas. Se daba preferencia á los símbolos tomados del reino vegetal, porque las plantas parece que desean abandonar el suelo para marcharse hácia el cielo, mientras que los cuadrúpedos van con la cabeza inclinada á la tierra. En esta preferencia, los pueblos germánicos obedecían, sin saberlo, al profundo

sentimiento de la naturaleza que los distingue y á los recuerdos de esos bosques sagrados que sus antepasados veneraban. A pesar de todo esto, los animales no faltan absolutamente en el conjunto del sistema; así que al lado de la vid aparece el león, símbolo admirable de la fé; cerca de la rosa hallamos el pelícano y la tortola, representando la caridad y la misericordia; también vemos la hiedra y el perro, que nos recuerdan la fidelidad; y en otras partes se nos presentan dragones terribles y reptiles extraños, imágenes del demonio vencido. El mismo pavimento del templo queda animado con la figura de los delfines y de los monstruos que pueblan el Océano. En seguida, como fuera de su seno, hay coros, capillas, imágenes de la tierra firme, cubiertas por una doble línea de columnas á manera de otras tantas islas, y en sus cimas el cielo extiende su inmensa bóveda estrellada. Aquí se hallan reunidas las tres grandes divisiones de la naturaleza, á saber: el cielo, la tierra y el Océano, y la historia en su sentido más espiritual; y en este mundo rejuvenecido habita el espíritu viviente de Cristo, el cual alternativamente se manifiesta por los Sacramentos, las súplicas y los himnos religiosos. El mismo sentimiento profundo y la misma inteligencia se ve en la disposición de la multitud de estatuas colocadas al interior y exterior de las basílicas. Sobre la puerta principal hay los príncipes de la Iglesia, los fundadores y bienhechores de la diócesis, y también los soberanos que reputaron que su primera obligación era sostener el cristianismo, los cuales ven que las generaciones van pasando y penetrando unas después de otras en el templo de la paz y de la salvación; en el pórtico, los mártires, obispos y vírgenes, que son la gloria de la Iglesia universal, ó el orgullo de las iglesias particulares, recuerdan los frutos de gracia que maduran permaneciendo mucho tiempo en esta santa morada; á lo alto de la bóveda se ven aquellos cuya voz se ha oído en el mundo para reunir, así del Oriente y Occidente como del Norte y del Mediodía, los pueblos redimidos con la sangre del Salvador y destinados á recibir el misterioso depósito de su voluntad, de sus promesas y de sus preceptos.



Finalmente, debajo de estas bóvedas sublimes y solemnes se derrama una luz misteriosa al través de cristales de mil colores, pues que no había de ser el sol que alumbraba los trabajos del hombre terrestre el que había de brillar en el santuario de los misterios más inescrutables, sino que, por el contrario, eran menester á la vez los más puros rayos de la aurora y los más suaves resplandores del sol poniente, producidos por el admirable juego de la luz al través de los cristales góticos. En esta luz, en cierto modo sobrenatural, había sabido representar el arte de una manera viva y refulgente la historia del cielo y de la tierra, y al Señor del templo, y á los santos que le rodean, y la caída del hombre y su resurrección en el juicio final. En cualquier parte adonde se encaminasen, tanto el fiel recogido como el hombre de mundo indiferente, tenían que hallar pinturas propias para mantenerlos en las santas disposiciones ó para conducirlos á ellas. Estos templos, que hablaban al ojo con sus estatuas, pinturas, formas, adornos y símbolos, eran un verdadero libro que reemplazaba los que la imprenta extendió más tarde, y en donde el sabio y el ignorante podían sin dificultad conocer sus relaciones con Dios y el mundo futuro. «Las imágenes, había dicho San Gregorio el Grande, son los libros de los que no saben leer; no se las adora, pero se ve en ellas lo que es adorable.»

Los monasterios fueron los primeros en construir estas grandes basílicas y en formar arquitectos y escultores. Foulda y San Gall tuvieron nombrada bajo este concepto. Luégo, poco á poco, se formaron artistas seculares, que se reunieron en corporaciones, es decir, en cuerpos de oficio (cofradías de albañiles) con el objeto de conservar y propagar los secretos de su arte, y de ayudarse recíprocamente en los inmensos trabajos necesarios en estas construcciones gigantescas. En el siglo XII la mayor parte de las iglesias eran de madera, exceptuando en España é Italia, y hubo una admiración general cuando se hicieron de piedra las bellas iglesias de Cluny en Francia, y del obispo Bernward en Hildesheim; y en el siglo XIII se rivalizó en ardor para construir en todas par-

tes nuevos templos, maravillosas catedrales, cúpulas y flechas; tales monumentos, que apenas al presente los Estados más poderosos levantarían otros iguales, á pesar de sus recursos rentísticos, siendo así que entonces una sola población ó un convento los emprendía con atrevimiento y los acababa, merced al generoso desprendimiento que inspiraba una fe profunda, pues la fe era la palanca que removía estas enormes masas, como lo prueba la solemnidad religiosa que acompañaba al acto de colocar la primera piedra y la dedicación del templo.

Esta noble y piadosa actividad agitó la Europa de un extremo á otro. En el fondo del Norte, el arzobispo de Eystein construyó la catedral de Drontheim en honor de San Olafo, el más sólido, rico y completo monumento de la península escandinava, cuyas estatuas y esculturas rivalizaban con las de San Pedro de Roma. En Alemania, las catedrales que pasaban por obras maestras del arte gótico eran, después de las de Marbourg y de Tréveris (desde 1227), la cúpula de Colonia (1246), iglesia modelo, fundada por una fe vigorosa, cuyas esperanzas no han visto realizadas los siglos, monumento maravilloso, aunque sin acabar, que por mucho tiempo ha parecido desafiar con atrevimiento los infructuosos esfuerzos de los modernos. Polonia, Strasburgo y Friburgo formaron la majestuosa trilogía gótica del Rin. Entonces fué también cuando se construyeron en Francia las catedrales de Chartres, inaugurada en 1260, después de siglo y medio en construirla; de Reims, metrópoli de la monarquía, en 1232; de Amiens, en 1228; de Beauvais, en 1250; la santa capilla de San Dionisio, las Torres de Nuestra Señora de Paris, en 1223; en Bélgica, la iglesia de Santa Gudula de Bruselas, en 1226; la de Dunes, construida en cincuenta años (1214-62) por cuatrocientos frailes; en Inglaterra, Salisbury, la más hermosa catedral de este reino (1220); la mitad de la de York (1227-60); el coro de Ely, en 1235; la nave de Durham, en 1212; la abadía nacional de Westminster, en 1247; en España, las iglesias de Burgos y de Toledo, fundadas por San Fernando en 1228.



Luégo todas las artes, siendo nobles émulas ó servidoras fieles, se agruparon en torno de la arquitectura cristiana, su primogénita y su señora. De pronto la escultura, despues de débiles ensayos, creó nobles producciones desde el siglo XIII, é hizo salir de la grosera piedra las más preciosas estatuas de ángeles y santos que poblaron las puertas de las iglesias metropolitanas, las figuras de los grandes y poderosos señores y de sus castas esposas, durmiendo con el sueño de los justos sobre sus sepulcros de piedra, con las manos juntas, la cabeza apoyada sobre las rodillas de los ángeles, y á veces rodeadas de su numerosa prole.

En Florencia, sobre todo, se desarrolló el arte plástico aplicado á las iglesias y á sus adornos: Nicolas de Pisa y su ilustre familia crearon una escultura llena de pureza y de vida; el mármol respiró bajo su escoplo. Andres de Pisa esculpió las tres primeras puertas de la catedral (1339-40). Ghiberti de Florencia vació en bronce las dos puertas del baptisterio de San Juan de esta ciudad, dignas, segun expresion de Miguel Ángel, de adornar la puerta del paraíso. Lúcas de Robbio, discípulo de Ghiberti, hizo bajo-relieves de tierra cocida, que pintó y luégo cubrió con un esmalte duradero. En la cúpula de Florencia se admira el bajo-relieve que representa unos monaguillos en ejercicio, cuya actitud es tan natural y la expresion tan viva, que parece se les oye cantar. Donatella de Florencia pasa por el restaurador de la estatuaria en Italia; la profundidad del pensamiento falta en sus obras; con todo, procuró reemplazarla por el movimiento apasionado de sus figuras. El tesoro artístico más precioso de la iglesia de Nuremberg es la estatuaria de San Sebald, hecha por Vischer, que murió en 1530.

Á su vez, la pintura se unió á la escultura y arquitectura para glorificar al Señor, y tomando un vuelo tan rápido como atrevido, produjo obras maestras, de que se enorgullece la Italia; pues son tales, que hasta ahora no se han hecho otras iguales. Pisa y Sena, cuyo melancólico aislamiento atrae todavía al viajante, fueron la cuna de la pintura; en Florencia tuvo luégo su metrópoli, y allí se formó una asociación de artistas bajo el patronato de San Lú-

cas, la cual, dirigida por Guido de Sena en 1221, y Giunto de Pisa, en 1210, fué la primera escuela séria y verdaderamente inspirada por el genio del arte y de la religion; alcanzó tan alto grado de perfeccion en Cimabue en 1240-1300, que Florencia recibió en triunfo el cuadro de la Anunciacion, persuadida de que la cabeza de la Virgen habia sido pintada por un ángel bajado del cielo á este intento. Los cuadros de esta escuela todos están pintados sobre un fondo oro, y tienen un carácter piadoso y grandioso; mas algunas partes de estas figuras son de una longitud desmesurada. Giotto (1270-1336), que acertó más en imitar la naturaleza, sus graciosas formas y su movimiento, ensalzó más la gloria de su escuela, y hablando con propiedad, fundó la escuela de Florencia, cuyos principales maestros son sobre todos los siguientes: Domingo Ghirlandajo (1451-93); el piadoso dominico Angelo de Fiesole (1384-1455), que pintaba siempre entre súplicas y lágrimas; Masaccio (1417-43); que se hizo noble por el uso del claro-oscuro; Leonardo de Vinci, cuya inimitable cena presenta el modelo acabado del arte en su fin más noble; fray Bartolomé, que siguió las huellas de Leonardo y dió á sus figuras un carácter de hermosura varonil; Miguel Ángel (1474-1564), por el pincel enérgico y severo, que adornó la capilla Sixtina con austeras figuras de los profetas del Antiguo Testamento y con el terrible cuadro del Juicio final.

En la Umbria, el espíritu de San Francisco de Asís, siempre viviente, habia hecho de su iglesia de la Porciúncula un santuario, no sólo de fe, sino tambien del arte. Una muchedumbre de franciscanos se entregó con éxito á la pintura, y todos los pintores célebres del siglo siguiente pagaron su tributo al seráfico Patriarca, adornando con sus obras su iglesia de Asís. Los que más se distinguieron en esta mística escuela de la Umbria, fueron: Perugin (1447-1524); Francisco Francia (1450-1518), y sobre todo Rafael d'Urbino (1483-1520), á quien inmortalizaron várias obras maestras, y entre otras Nuestra Señora Sixtina y las habitaciones del Vaticano. Despues vino tambien el Corregio (1494-1534) para el colorido brillante y má-



gico; el Titien (1474-1576), discípulo de Bellini y de Giorgione, tan perfecto en la armonía de los colores y la verdad de la expresion, y no sólo muy celebrado por su Asuncion y su Cena, si que tambien por un magnífico Ecce Homo y muchas otras obras capitales.

Tambien en Alemania se formó á orillas del Bajo Rhin, y al lado de la cofradía de los albañiles, una escuela de pintura, cuyos maestros más celebrados fueron los hermanos Huberto, Juan Van Eyk (1336-1470), Alberto Durer (1471-1528), y más tarde Holbein (1498-1554).

Por fin, la música, dice el eminente Alzog, hermana de la escultura, de la pintura y de la poesía, dando al pensamiento una forma armónica, animando las bóvedas silenciosas de las basílicas con sus melodías vivientes, embelesando al oído de la misma manera que la pintura á la vista, asoció su poderío al de las demas, y dió cima á la obra religiosa y civilizadora de las artes. Habia sido, en efecto, sorprendente que el genio inspirador del arte cristiano no hubiese sabido de qué manera sacar partido de un arte como la música, y hablar con lenguaje digno de los sublimes sentimientos que la Iglesia manifiesta en sus grandes y solemnes ceremonias. De ahí provino el canto ambrosiano y gregoriano, por el cual se ve que la Iglesia comprende y se utiliza de todas las artes; Carlomagno se esforzó en llevar á la otra parte de los Alpes este canto eclesiástico, que progresó mucho por el uso de los órganos. Luégo aparecieron otras causas de música religiosa, y la Iglesia, lejos de oponerse á ello, dispensó siempre á la música el más noble y poderoso apoyo. En el siglo XI, el piadoso monje Guido d'Arezzo, para obviar á las imperfecciones de la notacion musical y de la medicion, fué el primero en inventar la escala diatónica, llamada gama; se sirvió de claves, de intervalos entre las líneas, etc., etc.; este sistema fué perfeccionado por un cierto Franco, maestro de música en Paris, que probablemente vivia en el siglo XI (*cantus mensurabilis*). La orden cisterciense se dedicó con un celo particular al estudio del canto, y San Bernardo decia: «No debe ser duro ni empalagoso; tiene que agradar al oído; conmovier, despertar el corazón, conso-

»larlo y calmarlo, llamar la atencion sobre el sentido de las palabras repitiéndolas, y llevado misteriosamente la virtud al alma.»

La decadencia de la vida religiosa, de que tan á menudo se ocuparon los concilios durante este período, necesariamente debió acarrear la de la disciplina penitenciaria. La facilidad con que podian los fieles sustraerse á los saludables rigores de aquélla, mediante las numerosas indulgencias concedidas por Julio II á cuantos contribuyesen con alguna limosna á los gastos de la construccion de la basílica de San Pedro, fué tambien en parte causa de la misma decadencia. El celo sério de los primeros siglos cristianos por las prácticas de la penitencia, fué reemplazado por una increíble ligereza, que iba en aumento á causa de los sarcasmos criminales de las sectas, que de dia en dia eran más atrevidas. Esto dió márgen á las quejas amargas de los concilios sobre la barbarie, groseria é inmoralidad de los pueblos, alimentadas, ó más bien ocasionadas, por el descuido que el clero tenia en instruirles, y parecia que las únicas armas de que se echaba mano para conducirlos eran la excomunion y el entredicho, de que se hacia tan frecuente y precipitado uso, que los concilios creyeron á menudo tener que restringir el uso de estas penas canónicas. Sin embargo, habiendo reaparecido con frecuencia la peste, y sobre todo la peste negra, entre otras catástrofes, volvieron los espíritus á ocuparse de pensamientos más serios, y algunos se lanzaron á vías extremas. Así fué que se vieron inmensas tropas de disciplinantes que se azotaban con exceso; el mismo San Vicente Ferrer, poco ántes de disolverse el concilio de Constanza, dirigió una tropa de estos penitentes, que pensaban apartar con sus maceraciones el juicio de Dios, cuyas señales creian conocer en las desgracias del tiempo. Muy á menudo confiaban más en sus propias obras que en los méritos de Cristo y en sus Sacramentos, y su culpable presuncion depreciaba todo cuanto hacia referencia á la Iglesia. De otra parte, en oposicion con los disciplinantes, apareció la secta de los danzarinés, á los que se les creyó poseidos del demonio, y se recurrió á los exorcismos para librarlos de



él; y finalmente, la inquisición les persiguió á ellos y á los disciplinantes.

No obstante la decadencia de que acabamos de hablar, la fe daba todavía muestras de su vitalidad, sobre todo en las misiones llevadas á cabo entre los pueblos paganos. Más bien fué por efecto de la terca resistencia de los lituanenses, que por falta de misioneros celosos, que estos pueblos tardaron tanto en convertirse. Los caballeros teutónicos, que propagaron el Evangelio en las regiones próximas á la Lituania, pagaron caro los ensayos que hicieron para introducir allí el cristianismo, pues ocho cayeron prisioneros y fueron quemados juntos en 1260. Sin embargo, algunos lituanenses concluyeron por entrar en la iglesia rusa. Jagellon dió un paso más decisivo para la conversión de su pueblo aceptando el Evangelio y obligando á sus súbditos á imitar su ejemplo, con la mira de obtener más fácilmente la mano de la princesa Hedwige, y con ella el trono de Polonia (1386). Habiendo Jagellon sido bautizado en Cacrovia, y siendo despues rey de Polonia con el nombre de Wladislao III, pasó de nuevo á Lituania, seguido de gran acompañamiento, y allí hizo derribar los santuarios paganos con el ánimo de manifestar á sus súbditos que de nada servían; él mismo se dedicó á enseñar á sus vasallos, y les concedió vestidos nuevos; esta generosidad atrajo á su alrededor masas del pueblo. Siendo imposible bautizarlos de uno en uno, fueron hisopados con agua bendita, dando á grupos enteros los nombres de Pedro, Pablo, etc. Tan sólo se dió el bautismo individualmente á los nobles y militares. Andres Vasillon, franciscano polaco y confesor de la reina, fué nombrado obispo de Wilna, dignidad en que fué confirmado por el papa Urbano VI, que le colocó bajo su jurisdicción inmediata y prohibió los matrimonios entre cristianos, griegos y romanos. El modo como estos pueblos habian sido bautizados, manifestaba que para ellos era una ceremonia exterior sin verdadera é íntima convicción por su parte, motivo por el cual el paganismo continuó entre ellos por largo tiempo. Eneas Silvio refiere, segun el testimonio del monje Jerónimo de Praga, que todavía continuaba en Lituania

el culto á los ídolos poco despues del concilio de Basilea, y que hubo síntomas de revolución así que Jerónimo, apoyado por el rey Wladislao y el duque Witoudt, quiso echar por tierra los altares paganos.

De la misma manera se convirtió á los lapones, entónces súbditos de los suecos desde el año 1279, lo cual fué debido, sobre todo, á Hemming, arzobispo de Upsal, quien en 1335 consagró para estos pueblos una iglesia en Tornea.

Poco consuelo dieron los judíos á la Iglesia durante este periodo. Así en la edad media como en la época de la emigración de los pueblos, los judíos, siempre especuladores, codiciosos y hábiles, habian amontonado muchas riquezas con el comercio y la usura, ejercidas en Italia, España, Francia y Alemania. Como los cristianos opinaban generalmente que era usura el dejar dinero á intereses, sucedió que todo cuanto tenía algun roce con especulaciones de dinero estaba en poder de los judíos, lo cual contribuyó mucho á aumentar su bienestar. Sus propias riquezas á menudo les ocasionaron persecuciones atroces, justificadas, imputándoles ser la causa de las calamidades públicas, tales como la peste y los temblores de tierra, y se les imputó igualmente vicios infames, crímenes abominables, entre los que citarémos el envenenar los pozos, asesinar á los niños cristianos y beberse su sangre por las fiestas de Pascua, y maleficar la atmósfera; así es como se excitaba en contra de ellos la animosidad y el furor de la muchedumbre. Su posición, tan precaria en Alemania, era aún peor en Francia y en Inglaterra. Los papas, protectores de los oprimidos en la edad media, á menudo levantaron la voz en favor de los desgraciados judíos; con sus exhortaciones y amenazas excitaban á los cristianos á la dulzura y á la justicia, y reprendían con severidad la violencia con que se les quería obligar á bautizarse; así, que Inocencio III dijo: «Ningun judío tiene que ser obligado á bautizarse: si alguno no quiere dejarse bautizar, no por esto tiene que ser despreciado. Nadie se apodere injustamente de sus propiedades, ni se ponga á sus fiestas, ni devaste sus cementerios.» Estas



prohibiciones fueron reiteradas por muchos otros papas (Inocencio IV y Gregorio IX). De otra parte, se procuraba de una manera más directa que los judíos conociesen la verdad; así fué que algunos sabios de la edad media, no ménos que algunos piadosos y célebres escolásticos, procuraron refutar en obras especiales las objeciones de los judíos contra el cristianismo. (Alano de Ryssel, Santo Tomas de Aquino, Raimundo Martin de Barcelona, muerto despues del año 1286: su libro polémico-apologetico, *Pugio fidei adversus Mauros et Judæos*, es el tratado principal de este género, que apareció en la edad media.)

La conversión del judío Hermann en el siglo XII, que se hizo religioso premostratense, fué verdaderamente célebre, y produjo felices resultados. En España no hubo tanta tolerancia; por razones políticas, en 1492 los reyes Fernando é Isabel pusieron á los judíos en la alternativa de abjurar ó abandonar su patria. El pueblo los odiaba por sus usuras ordinarias, y sus relaciones con los moros, que á la sazón ocupaban un territorio muy limitado, los hizo sospechosos, no sin fundamento, á los ojos de los príncipes, y á consecuencia de esto, en 1492 tuvieron que pasar de España á Portugal ciento sesenta mil familias judías, en donde léjos de encontrar la tranquilidad que apetecían, se les puso cuatro años despues en la misma alternativa que en España. El mismo trato recibieron los moros, cuya dominación en España, hasta entónces de ocho siglos, acabó en 1492 con la toma de Granada, última ciudad suya. Cuando la conquista de Granada, se concedió á los moros el libre ejercicio de su religión; pero habiéndose descubierto una conspiración en 1498, se les obligó á escoger entre el bautismo y el destierro, medida rigurosamente llevada á cabo en 1501.

El descubrimiento de la América y los viajes de Vasco de Gama al rededor del Africa, excitaron vivamente el pensamiento y el deseo de anunciar el Evangelio á todos los pueblos hasta los confines de la tierra. Alejandro VI dió á Fernando el Católico, rey de España, el encargo de introducir el cristianismo en América y hacer reconocer en aquellas tierras al

papa como señor feudal, de la misma manera que Eugenio IV y Calixto III lo habian hecho respecto á los países descubiertos en África. Á este intento, Alejandro VI envió á España al vicario de los franciscanos con doce frailes de su orden, á los cuales se asociaron muchos dominicos, todos los cuales tenían que ir á América. Su obra fué en gran parte retardada por la crueldad de los españoles en el Nuevo-Mundo; mas, sea dicho de paso, esta crueldad, aunque real, ha sido muy exagerada. Los dominicos, sobre todo, hicieron valer en favor de sus neófitos los sagrados derechos de la humanidad, y aun en este terreno tan difícil no dejaron estéril la virtud del Evangelio. El infatigable celo del heroico obispo de Chiapa, Las-Casas, arrancó á Carlos V una ley que aseguró la libertad individual de los indígenas. Esta ley dió más tarde ocasion y pretexto al infame tráfico de negros en las riberas africanas; pero es una calumnia atroz el atribuir esto al generoso misionero, que por doce veces se expuso á los peligros de la travesía para patrocinar la causa de su desgraciado rebaño. Las-Casas murió en Madrid en 1566.

Volviendo ahora á señalar las primeras páginas de esta época de los descubrimientos, que es sin disputa una época propiamente española, consignarémos en primer término la síntesis compendiosa de Cantú.

Así es como la civilización, procediendo de las alturas del Asia, y siempre avanzando, aunque alguna vez al traves de los desastres, llegó por fin á iluminar toda la Europa. Poniéndose entónces en movimiento en busca de nuevas naciones, rompe las columnas de Hércules, y con Vasco de Gama vuelve á acercarse á su cuna, en tanto que con Cristóbal Colon va á plantar la cruz entre los antípodas. Aquí se renuevan los portentos de las primeras conquistas asiáticas; como en aquéllas, el vencedor se apodera del suelo, y para asegurar su posesión extermina á sus habitantes. ¡Cuán grandes son los nombres de Colon, Américo, Pizarro, Cortés, Vasco y Alburquerque, aventureros convertidos en héroes! Caen los imperios de Motezuma y de los Incas, testigos ó herederos de los primitivos tiempos; la benefi-